



UNA TRADUCCION

HACE tres días un amigo me entregó una carta y un libro; el libro era «Sátiras de Persio, traducidas en verso castellano por José María Vigil.»

La carta decia:

Apreciable CERO:

Le ruego escriba lo que le ocurra acerca de la obra que le acompaño.

Es una injusticia que esté en la oscuridad. Que realice su autor la idea que encierra el mote impreso en la portada: «Fac et spera.»

CERON.

El compromiso era ineludible. Una recomendacion de Ceron no puede ser desairada; ¿quién se niega á trabajar cuando Ceron lo quiere?

Es la influencia decisiva y única sobre Cero; es mi Agrippa, mi Eminencia gris, mi Richelieu, mi Bismark.

¿Saben ustedes quién es Ceron? ¿No? Pues ni yo tampoco; pero él sí lo sabe, y supuesto que envía una orden como el récipe de un doctor, seguridad tendrá de ser obsequiado, y no debo defraudar sus lisonjeras esperanzas.

Digo, pues, como D. Junípero:

Cierro los ojos y embisto.

Pláceme, ántes de comenzar el juicio del libro en cuestion, advertir á mis lectores, que más extensas serán las divagaciones que la materia principal; tanto porque no siendo yo, ni con mucho, escritor clásico, sé pocas reglas y hago ménos caso de ellas, cuanto porque á tal modo de razonamientos se presta el asunto como podrá juzgar el discreto lector en éste, que quizá sea uno de los más extensos artículos que de mi pobre péñola han brotado, sirviendo para descargo de tan mal acabado trabajo, la intencion que me ha guiado siempre de dar á conocer á los escritores mexicanos contemporáneos.

Nada indica Vigil en el prólogo de su traduccion que pueda hacernos comprender la razon que tuvo para dedicar su tiempo y su erudicion á la ingrata tarea de poner en verso castellano la obra del más embrollado y ménos simpático de los satíricos latinos. Y ni alcanza á disculparle de haber arremetido esta empresa la falta de traduc-

tores, ni lo interesante de la materia, pues dice muy bien un escritor moderno (Tencé): «no debe emprenderse «una traduccion al azar y por la sólo mision de que falta «en el público, sino porque el traductor está posesionado «de su modelo, porque se ha identificado con él en un «estudio constante y profundo, en una perfecta conformidad de pensamientos, de sentimientos y de estilo, «sin lo cual corre el peligro de fracasar.»

Se comprende muy bien que Vigil haya llegado hasta la admiracion con Persio, porque les es comun á ambos la noble cualidad de la honradez acrisolada, y porque el traductor, más que el poeta, ha probado su amor al pueblo y su odio á la tiranía; pero es difícil creer que Vigil haya penetrado y se haya empapado en el espíritu de Persio, cuando éste ha sido siempre considerado como oscuro é impenetrable, aun por los mismos literatos que se han proclamado sus admiradores.

Cassaubon consideró, á pesar de su asombrosa erudicion, que Persio era absolutamente ininteligible, y declarando que cuando un escritor se reserva el derecho de entenderse á sí mismo, cualquiera es dueño de entenderle como quiera, se lanzó á tales comentarios, á tantas investigaciones y á tal número de conjeturas, que al leer su libro escribió Scalígero: *en el Persio de Cassaubon, la salsa vale más que el pescado*, que es lo que nosotros decimos con aquello de que *vale más el caldo que las albóndigas*.

San Gerónimo no pudo llegar á entender á Persio, y

cuenta que lo arrojó al fuego para volverlo más claro, y Vi-
genero, al referir el hecho, parodia el verso de Ovidio:

Emendaturis ignibus ipse dedi.

Trist., lib. IV, eleg. 10, ver. 62.

(Para bien corregirlas las dí al fuego),

de esta manera:

Intellecturis ignibus ille dedit.

(Para salir de dudas le eché al fuego).

Scalígero, que tenía en verdad mal dispuesto el cora-
zon contra Persio, escribe hablando de él: «puesto que
«se ha embozado tanto, hagámosle á un lado... y ade-
«más que no he encontrado en él sino la desarreglada
marcha de un febricitante.»

Heinsius exclama: «este jóven, asistente del Pórtico,
«nos ha dejado un libro tan triste y tan repugnante, co-
«mo si sólo se hubiera alimentado con mostaza.»

Hay anécdotas respecto á la interpretacion de Persio,
que no dejan de ser graciosas. Cuenta Dusaulx, que leía
en la Academia de Bellas Letras en Paris una Memoria
sobre las sátiras de Persio, y suplicando al abate Batteux,
para quien los poetas latinos eran muy familiares, que
explicara algunos de los pasajes del satírico que habian
ocasionado alguna discusion, él contestó con mucha fran-
queza: «*la verdad es que yo los entendia el año pasado; pero
en el presente ya no los entiendo.*»

Llevaron á un amigo mio un libro en que estaba la

traduccion del Persio con el texto original enfrente. Po-
cos dias despues le preguntó el que habia hecho tal obse-
quio: ¿Qué tal le ha parecido á usted la traduccion? Y
mi amigo repuso: «aunque me ha costado algun trabajo
entenderla, ayudándome con el texto latino en los casos
de duda, la he comprendido bien.»

El Padre Vavasseur, dice: que seguramente la oscu-
ridad de los escritos de Persio es lo que ha dado á ese
autor la fama de profundo y erudito.

Y tenía razon el buen Padre, que la gente, y en esto
entran hasta los literatos, más enaltece lo que ménos com-
prende, y las dificultades y el fastidio de interpretar ó tra-
ducir una obra de esta clase, van produciendo insensible-
mente la idea de que es un monumento digno de admi-
racion y un geroglífico que encierra profundos misterios,
cuya clave de oro sólo les es dado tener á los sabios; y
como se presta á toda clase de interpretaciones, pasa con
él lo que con los oráculos de la Pythia de que nos habla
Herodoto: cada cual le toma en el sentido que más le ha-
laga, y todos quedan contentos.

Con razon dijo el poeta Lucrecio: «hay muchos que
no aman ni admiran sino lo que está velado con térmi-
nos misteriosos.» (Libro I, vers. 642.)

Bayle llamó á Persio el *Locophron* de los latinos, y otro
escritor, Colucio, ha dicho con gran naturalidad: «pues-
«to que no ha querido que lo entiendan, yo no quiero
«entenderlo.»

Todavía hay quien duda de si Boileau habló de buena ó mala fe en aquellos dos versos:

« Persio en sus versos oscuros
Pero juntos y apretados,
Quiso aparentar que tiene
Más sentido que vocablos.

Arte Poética.—Canto II, v. 155.

¿A qué viene tal granizada de citas? preguntarán los lectores, y yo contestaré con el poeta Pardo Aliaga:

« Excelentísimo señor,
« A pelo »

porque no quiero que se crea bajo mi palabra, que Persio es un autor tan oscuro que hasta hoy no ha podido llegar á ser entendido, y que su traduccion, si bien no es un trabajo necesario, puesto que sólo francesas hay más de cuarenta traducciones, sí es una prueba que ha dado Vigil de admirable laboriosidad, de riquísima erudicion y de conocimientos poco comunes en la lengua latina.

La traduccion de Persio ha sido entre las notabilidades literarias, como entre los matemáticos la cuadratura del círculo, entre los mecánicos el movimiento perpetuo, entre los físicos la direccion del aeróstato, y entre los economistas el valor de la moneda.

La traduccion hecha por Vigil es muy buena, en cuanto se puede decir esto, dado el antecedente de que el ori-

ginal se presta, como dice Cassaubon, á todas las interpretaciones; pero sin prestarse, como digo yo ahora por la misma razon, á servir de término comparativo de la fidelidad del intérprete.

Pocos poetas, ó más bien dicho ninguno, han tenido como Persio, tantos encontrados juicios sobre el mérito de sus obras y sobre la verdadera inteligencia de ellas.

Las sátiras de Persio, aunque escritas bajo el reinado de Neron, no se hicieron públicas sino hasta el imperio de Antonino; y á fe que, por más que el poeta diga en uno de sus versos, que él habla como en reserva, no hubo motivo de tenerlas ocultas en tiempo de Neron, porque en medio de la terrible tiranía que hizo pesar sobre el mundo el hijo de Agripina, Suetonio nos dice que jamas persiguió á los que contra él escribían sátiras ó panphletos, y que por el contrario, se divertía oyéndolos leer, con lo cual animaba el espíritu de mordacidad.

Por otra parte, las sátiras de Persio encierran el ataque á la tiranía, en frases tan ambiguas y en tan débiles alusiones, que hubiera sido precisa, no la desconfiada malicia de Neron, sino la venenosa suspicacia de los inquisidores, para haber encontrado en esos versos motivos de una persecucion.

El panegírico de Helvidio Prisco costó á su autor un destierro, porque el emperador vió en él un principio de revuelta y no un ataque á su persona.

Los tres grandes satíricos entre los romanos, á juicio

de los críticos, fueron Horacio, Persio y Juvenal; pero Horacio era el cortesano que lanzaba el dardo procurando hacer brotar una alabanza de cada herida, como la lanza de Aquiles curando la llaga que producía; Juvenal, como un rayo, hería para matar, y si alababa era para causar más profundo el dolor; Persio se divagaba con ataques á poetas sin nombre, á profesores sin reputación, á escolares sin antecedentes y á costumbres que apenas conocía.

Horacio es el cortesano de la buena sociedad que está reñido con el vicio, pero que no se atreve á combatirlo cuando es llevado en triunfo por los grandes señores que le protegen; Juvenal es el vengador de los hombres de bien y el consuelo hasta hoy de los oprimidos y de los débiles. Persio es el oráculo oscuro por el que pueden adivinarse los vicios de la enseñanza y la decadencia de la literatura, y transparentarse los abusos del poder; pero todo esto en medio de mal humor, de disgusto y de predicaciones indigestas de las doctrinas estóicas.

Usando de una elegante frase de Dusaulx, Horacio escribió en cortesano, Juvenal en ciudadano; yo agregaré, Persio en catedrático, en *domine*.

Por eso Horacio está siempre de moda, porque siempre hay Augustos y Mecenas; por eso Persio se va perdiendo en la oscuridad, porque pocos le entienden; por eso Juvenal, como una barra de metal candente, todavía quema cuando pasa en medio de una sociedad, porque

después de diez y ocho siglos, si las grandes virtudes han desaparecido, los vicios que atacaba el valiente satírico romano siguen imperturbables su marcha al través de remotos pueblos y de diversas razas.

El programa (como se diría hoy) de Horacio, está en estos versos que pintan su carácter:

Nil admirari prope res est una, Numici.

Solaque, quæ possit facere et servare beatum.

Lib. I, epist. 6, vers. 1.

que todos convienen en traducir de esta manera:

« No afectarse por nada, puede ser,
Numicio, el solo y único
Modo de vivir siempre dichoso.»

¿Y el de Juvenal? ¡Oh! El de Juvenal, me voy á permitir trasladarlo aun cuando sea un poco extenso, sin atreverme á darle versión métrica:

« Pero por qué escoger de preferencia el campo, ya recorrido por el que se nutriera en el país de los Aurores? — ¿podeis disponer de un poco de tiempo? ¿puedo contar con vuestra atención imparcial? Oid:

« Cuando un eunuco se atreve á contraer matrimonio; « cuando Mévia con un dardo en la mano y el seno descubierta ataca á un jabalí; cuando el barbero que me « afeitaba en mi juventud compite hoy en riqueza con « nuestros patricios; cuando un hombre del más vil « pulacho de Egipto, un Crispinus, esclavo hace poco en

« Canope, envuelve negligentemente sus espaldas con la
« púrpura de Tiro, y con sus dedos empapados de sudor
« mueve sus anillos de estío porque se considera muy de-
« licado para soportar los de mayor peso, es difícil rehu-
« sar la sátira.

« ¿Habrá por ventura en esta ciudad corrompida, un
« mortal bastante sufrido é insensible para contenerse
« cuando encuentra al abogado Mathon llenando con su
« obesidad una litera que sólo desde ayer posee, « para
« encontrar al delator de un ilustre patron que se apresta
« á arrebatar á los nobles que ha arruinado, los restos de
« su fortuna? »

« Massa le teme; Caro intenta dulcificarlo por medio
« de regalos, y el trémulo Latino le entrega á su esposa
« Thymelia. . . . »

Y en su sátira III, que indudablemente inspiró al esclarecido poeta Don Manuel Breton de los Herreros su comedia intitulada: « Me voy de Madrid, » dice Juvenal: « Abandonemos esta ciudad en que viven Artorio
« y Cátulo; que permanezcan en ella aquellos que saben
« dar al crimen los colores de la inocencia; aquellos mer-
« cenarios, aquellos especuladores ávidos para quienes
« todo es fácil, ya sea que se trate de reparar los estable-
« cimientos públicos, ya de limpiar los puertos, los rios
« ó las cloacas; de llevar los cadáveres al cementerio ó de
« vender los esclavos en la plaza pública.

« En otro tiempo histriones, se les veía correr de ciu-

« dad en ciudad, haciendo resonar las campanillas de los
« espectáculos; hoy dan juegos, y para adular al pueblo,
« á la menor señal hacen correr la sangre del gladiador
« vencido. Al salir de la fiesta, ellos contratarán las le-
« trinas públicas, ¿por qué no? Ellos comprenden que no
« hay oficio por abyecto que sea, que no deba ejercitarse
« con tal de que conduzca á la grandeza.»

Persio vivió sólo veintiocho años; su austera morali-
dad, su excesiva dedicacion al estudio y la rigidez de las
doctrinas estoicas que profesaba, le alejaron indudable-
mente del tumulto de las intrigas cortesanas ó de las es-
pantosas escenas de prostitucion de la grandeza romana.
Sus sátiras contra la corrupcion de las costumbres tienen
que adolecer de su falta de conocimientos prácticos. Se
indigna y escribe contra lo que sólo conocia por noticias;
formaba de aquellos cuadros de disolucion el mismo jui-
cio que puede tener una doncella recatada, á los quince
años, de una orgía del Carnaval.

Persio para atacar las costumbres, no estaba en la ma-
durez de la reflexion, por más que su clarísima intelligen-
cia y sus profundos conocimientos teóricos le hubiesen
dado esa precocidad que todos le admiramos. Horacio no
escribió sátiras hasta despues de cumplir cuarenta años, y
Juvenal en edad más avanzada.

Todos los traductores de Persio y todos sus admira-
dores han procurado dar á entender que sus versos en-
vuelven terribles acusaciones contra Neron y contra los

vicios de los gobernantes, y casi no hay un prólogo ni una biografía de Persio en que no se cuente que el poeta había llegado á escribir este verso:

Aurículas asini Mida rex habet

que traducido al castellano dice:

«El rey Midas tiene orejas de pollino,»

pero que, como Neron podia interpretar que se le aplicaba, se cambió en estas palabras:

¿Aurículas asini qui non habet?
¿Quién no tiene orejas de asno?

A pesar de que no eran ciertamente un ataque al César que probara una predestinacion al heroísmo, y aunque ninguna de las dos versiones tiene gracia, sin embargo Persio dice á renglon seguido:

Y por la Iliada
No cambio el gozo que esta risa encierra.

(Traduccion del Sr. Vigil.)

Rasgo de modestia envidiable.—Tambien quieren decir que algunos versos de la sátira I son parodias de los de Neron; pero por más que le dan vueltas á todo esto, no llegan á convencernos de que tales ataques de Persio contra la tiranía valgan la pena.

Respecto á la moralidad del poeta, sí confieso que es cierto que Orígenes y Tertuliano y muchos doctores de

la Iglesia llegaron á considerarle como una especie de precursor de la moral cristiana, que así lo aseguran todos sus panegiristas incluso Moreri.

Pero todo ese prestigio, como dice Dusaulx, ha pasado ya de moda, á pesar de que hace dos siglos todavía el mismo Quevedo se inspiraba en el poeta latino, como dice el Sr. Vigil en el prólogo de su traduccion, citando en su apoyo á Gonzalez de Salas en la edicion de las poesías de Quevedo de 1648.

Todos los escritores imparciales se preguntan y discuten por qué alcanzó tanta popularidad Persio, y todos vienen á dar en que Quintiliano dijo en sus «Instituciones de Oratoria» (libro I, cap. X): «Persio, aunque sólo escribió un libro, alcanzó mucha y muy verdadera gloria,» y que Marcial (libro IV, Epístola XXIX) dijo: «Persio tiene más reputacion con un solo y pequeño libro, que Marsus con su Amazonaida;» y además de esto el prestigio que le da su oscuridad.

Quizá se crea que por no ser admirador de Persio, no le miro rodeado de esa gloria con que le revisten sus panegiristas; pero para librarme de este cargo, he citado todos los autores que me han enseñado á juzgarle, y puedo asegurar que otro tanto se queda en el tintero por no fastidiar al respetable público.

Entre todas las traducciones que he visto de Persio, aun en francés y en italiano, ninguna me ha parecido tan buena como la de nuestro compatriota Vigil; y no se diga

que un mexicanismo mal entendido me hace prorumpir en esta alabanza, porque unos traductores tan literalmente vierten las palabras de Persio, que á pesar de todas las notas, apénas puede comprenderse el sentido, y otros con tanta libertad dan vuelo á su fantasía, que más bien parecen autores que traductores.

Vigil, sin caer en ninguno de estos dos extremos, procura acercarse al original, dando á los lugares oscuros un giro tal, que á estudiarse sólo esa traducción, parecería imposible que tantas dificultades encerrara el original.

El estilo que adopta Vigil es digno del austero estóico romano, y el lenguaje es correcto y severo.

La introducción de Vigil es notable; campean allí la erudición, el juicio, y sobre todo la honradez; tiene con los otros estudios que sobre Persio hemos leído, los puntos de contacto inevitables cuando varias inteligencias discurren sobre un mismo asunto; pero hay en él mucha novedad y consideraciones originales.

Respecto á las notas, punto muy importante en la traducción de los clásicos, las hemos comparado escrupulosamente con las de otros traductores, y á excepción de aquellas que aclaran un punto histórico ó geográfico ya muy conocido, en todas ellas se demuestra nuevo é im-probo trabajo.

Vigil llevó á cabo una empresa que le honra y que da gloria á las letras mexicanas. ¡Ojalá que el tiempo que en eso empleó lo hubiera ocupado en traducir á Juvenal!

Quien ha hecho alarde tal de sus conocimientos, bien pudo haber obsequiado á sus contemporáneos con una traducción del príncipe de los satíricos romanos.

Querer traducir y explicar á Persio hoy, equivale á que dentro de mil ochocientos años quisieran traducir y explicar el *Ahuizote*: cada renglon seria una oscuridad y cada palabra necesitaria una nota.

Para dar de esto una idea á nuestros lectores que no estén familiarizados con esa clase de estudios, vamos á poner una quintilla sobre cosas del dia con las notas que necesitará para traducirse dentro de diez y ocho siglos:

Ya en los de Ramoncito¹ colocado,²
 Despues que á Salvador³ pagué tributo,⁴
 Fuí al asilo por Valle gobernado;⁵
 De allí, por la epidemia⁶ acobardado,
 Vóyme, y en la de Pane⁷ me zambuto.⁸

1 Ramon Guzman, empresario de los ferrocarriles urbanos de via ancha, segun puede verse por los periódicos contemporáneos. Parece que la mayor parte de sus amigos le llamaban Ramoncito, quizá porque fué muy desgraciado en sus empresas.

2 Quiere decir que entró á uno de los coches, pues segun noticias, los reglamentos de ese tiempo prohibían ir en las plataformas, aunque autores muy respetables afirman que solia quebrantarse el Reglamento todos los dias.

3 Salvador Malo, empresario de los ferrocarriles de via angosta.

4 La opinion más bien recibida es que en estas líneas se pagaba por caminar, una moneda que en aquellos tiempos se llamaba medio real. Véase sobre esto á Orozco y Berra, antiguo escritor.

5 Se cree que hubo un Valle llamado por algunos de sus contemporáneos Guillermo, y se duda de si seria el mismo á quien otros designaron por Vallecito. Varios opinan que era un general tlaxcalteca, y gobernaba un Establecimiento que se llamó Hospicio de Pobres, que por ser de pobres, debió estar siempre muy concurrido.

6 Los periódicos de aquellos tiempos refieren que hubo epidemia de tifo en ese Establecimiento, y la colocan en el consulado del general Valle.

7 Pane, parece que era el nombre que daban los mexicanos á las albercas. Asientan unos que este nombre se tomó de un empresario, y otros dicen que está sacado de la frase latina: *pane lucrando*; es decir, baños para ganar el pan.

8 Zambuto, palabra de baja mexicanidad, que significa hundirse, introducirse, entrar, meterse, sumirse ó zambullirse en el agua. No la hemos encontrado en ninguno de los tratados de política de aquellos tiempos, por más que muchos entraran, se metieran ó se zambulleran.

Parecido á este es el trabajo de interpretar á Persio; quizá tengan ustedes el mismo ¡oh lectores! con este artículo.

